



DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Núm. 29 | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 2 Agosto 1876. | Se publica en diez distintos idiomas.—Año XXVI.

SUMARIO.

Revista de Modas, por Joaquina Balmaseda.—Elegantes trajes de mañana.—Abrigo de viaje para señorita joven.—Paletot Uster (cubre-pollo) para señora.—Traje con túnica de novedad.—Traje con túnica echarpe.—Inco sombreros de verano para niñas.—Paletot con mangas formado con entredoses y puntillas.—Fichú de tul griego.—Trajes de luto.—Vestido de faya negro.—Traje de marino.—Vestido de medio luto para niña.—Traje de medio luto para señorita.—Toquilla y cuello corbata para luto.—Aderezo de

azabache ó madera para luto.—Cartera para las agujas.—LITERATURA: Las campanas, por Lorenzo Aguirre.—La tumba del pobre, poesía, por Josefa Estévez de U. del Canto.—Melancolias, poesía, por E. M. Gonzalez del Valle.—Stephenson, por Nicolas Diaz y Perez.—El Puente Mayor de Valladolid, por Eduarda Peijó de Mendoza.—Charada.—Consejos de higiene.—Explicacion del figurin.

REVISTA DE MODAS

No es siempre una enfermedad crónica ni una convalecencia difícil lo que lleva de los grandes centros á las estaciones balnearias esa gran afluencia de viajeros: unos acuden á reposar de la vida activa de las grandes ciudades, otros de trabajos intelectuales, y otros, en fin, para darse cierto tinte de buen tono que se adquiere visitando privilegiadas comarcas y baños determinados. ¡Tal es el poder de la moda! En todos tiempos el marqués ha tenido pajes y lacayos; hoy el marqués pertenece á todas las clases de la sociedad, y por eso la moda actual se disfraza de campesina y se alberga en los puerros del Norte, ó se finje enfermiza y achacosa para ostentar deliciosas *matinés* en los baños termales ó sulfurosos. Allí la seguimos encontrándola unas veces cubierta con el cubrepollo *ullter*, otras envuelta en seductores echarpes y mallas *Mazaniello* para asistir al salón de música ó al Casino. Muchos modelos podría recomendaros para estos casos, cada uno más lindo que el anterior, pero faltaríame espacio para ellos y habré de contentarme con describiros á grandes rasgos uno ó dos que tienen mayor originalidad: es el primero para traje de paseo, un vestido de sedalina color azul marino con tres volantes, que cada uno cubre la pegadura del anterior, y ocupan sólo la parte de atrás; un mantelo de malla color crema, con tres órdenes de picos terminados por flecos, se unen á dos echarpes que bajan por los lados para anudarse por detrás sobre los volantes: coraza más larga por detrás que por delante, y el centro de la aldeta adornado con plegados alternados crema y azul, plegados que se ven en la manga así como el fleco crema al fin de los echarpes. Es un vestido lleno de distinción y de la última novedad, porque la malla lo invade todo, y de malla son los fichús, los flecos, las redellillas para el peto, todo respondiendo al color del vestido ó de sus adornos.

Otro vestido de gran novedad es de limón crudo á rayas azules, con plegados color crudo la primera falda, y alrededor de la túnica, donde las rayas, gracias á la complicación de recogidos, se cruzan de mil maneras; mangas color crudo y lazos azules en ellas y en la túnica; vestido también de novedad y cuyo modelo se acaba de recibir también de París, es uno de gasa á rayas, blanco y marrón, con volantes y bullones al biés la falda, que es



1 Y 2. ELEGANTES TRAJES DE MAÑANA.

de seda marrón, y la túnica de gasa; lleva la parte de adelante en forma de mantelo con fleco de madroños de pluma, y por detrás son dos paños al hilo abiertos del centro y adornados de fleco y grandes lazos marrón que se repiten en la manga y limosnera.

¡Cuánta seda! me direis. ¡Qué se ha hecho el linón y la muselina, aquella *santa muselina*, traje característico del verano, propio de las jóvenes candorosas, ornamento de las fortunas modestas, atavío de todas las heroínas románticas de la novela y el melodrama. Pero... digo mal;

pecho y la espalda por lazos. Tengo uno á la vista, de linón rosa á picos alrededor, y sobre el ancho cuello, de forma de chal blanco festonado de rosa, y cerrado todo de adelante con un lazo muy poblado de cinta rosa, que es un caoricho del mejor gusto. También se llevarán de batista bordada y de encaje Chantilly, el favorito del día. Los cuellos y mangas en linón de color, guarnecidos de puntilla, son muy de moda por el momento, y otros blancos con orilla de color, debiendo en uno y otro caso llevar la corbata igual, y á ser posible, el pañuelo del

no pasó, pero se ha disfigurado; ¡ha perdido su encantadora sencillez! Hoy los trajes de linón necesitan el fundamento de un traje de seda de color, que casi desaparece bajo plegados y ruches blancas, bajo ricos bordados ó encajes, dejando asomar la falda por entre los encogidos de la túnica y en las mangas que deben corresponder al traje interior: algunos lazos de cinta del color del vestido completa este traje de aspecto sencillo, pero de condiciones ruinosas.

Los plegados siguen siendo el adorno más usado en todas esas telas de algodón, desde el percal y la cretona hasta el linón liso ó pintado á rayas de colores ténuos y delicados: pueden ejecutarse los plegados con liso ó con rayas, según la combinación que se haya hecho del vestido, combinándolos á veces con encaje *Mirecourt*, más admisible ya que el bordado á la inglesa, que se va dejando exclusivamente para trajes de niños. El bordado al pasado se lleva mucho, y el que tiene parte del bordado hecho con el color del vestido es muy estimado.

Las manteletas-fichús completan generalmente los trajes de estación, ó los paletots holgados y sus mangas, más largas por delante que por detrás; estos accesorios se hacen de tela igual al traje, cachemir, granadina, encaje á entredoses unidos por cintas... todo le viene bien. Sin embargo, la coraza ceñida tiene más apasionadas, y á estas recomiendo el fichú de la misma tela que para campo y playa quita pretensiones al vestido.

En género de lencería tengo cada día una novedad que registrar, ó más bien una moda pasada que traer al terreno de actualidad: ayer eran las camisetas escotadas para vestidos de sociedad relegadas injustamente por espacio de tantos años; hoy son las *modestias*, pecheras bordadas que se colocan debajo del escote del vestido, y los fichús ó *eaneus* hechos de entredoses bordados y valencienenses, y fijos en el

bolsillo. Cuanto más puedan corresponderse entre sí las prendas de un traje, más elegante resulta éste, porque supone juegos completos para cada uno; entrando también en este caso el abanico, la sombrilla y hasta las medias, pero estas son exageraciones de la moda que pueden permitírselas pocas personas.

Sigue la tendencia al color encarnado, y en la actualidad la Inglaterra tolera vestidos enteramente encarnados: las parisienas, en cambio, no se permiten este color más que como adorno ó accesorios, y en ello dan una prueba de su tacto especial para vestirse: en ningún equipaje de los que salen este año de París para excursiones de verano, falta de seguro una combinación de lazos grana ó un vestido blanco y negro, ó negro y azul, adornados de ruches ribeteados de grana, pero es hasta donde puede llegar la licencia. Sin embargo, me hablan de percales encarnados con diferentes estampaciones, y de ellos se hacen faldas redondas que apenas llegan al suelo, adornadas de plegados, y que se completan con una polonesa cualquiera, constituyendo el verdadero traje de playa, cómodo y desembarazado: una polonesa permite variar de faldas y es un verdadero talisman para la señora económica y que atiende á su comodidad en primer término.

JOAQUINA BALMASEDA.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

1 Y 2. ELEGANTE TRAJE DE MAÑANA.

En el mes de Mayo dimos patron y modelos de trajes de mañana, por los cuales pueden cortarse los presentes, únicamente que en éstos el vuelo de la falda no parte de la misma cintura, sino á 15 ó 16 cents. más abajo que el cuerpo, y en la tabla de costado, oculta por la pata del bolsillo. El centro se prolonga al hilo. Puede hacerse en muselina, batista, nanzou, oxford ó percal. Un dobladillo por delante sirve de refuerzo á los botones y ojales ocultos por la puntilla cosida, lisa de arriba á abajo, y todo alrededor. El entredos queda al aire, y va separado del borde por una tira doble de la tela, de 4 cents. en el escote, y que va ensanchando hasta abajo, hasta quedar de 9 cents. El modelo núm. 1 lleva dos entredoses separados por una tira ancha, plegada, terminada por un dobladillo del mismo ancho. Los bolsillos interiores de los dos costados de la falda quedan ocultos bajo dos patas de 48 cents. de largo y 7 de ancho, orilladas de encaje y adornadas con lazos. El fichú-esclavina que termina por delante bajo el entredos, tiene 114 cents. de ancho de abajo, 30 de largo por delante y 20 por detrás. La manga del modelo núm. 2 lleva una cartera doble, de 12 cents. de altura, y la del núm. 1 un bullon guarnecido de puntillas y lazos.

3 Y 4. CARTERA PARA LAS AGUJAS.

Las tapas son de madera pulimentada, y miden 9 y 5 centímetros de largo y 4 de ancho, adornándose con una pintura silueta, hecha con tinta de china del modo conocido, calcomanías ó aplicaciones de cretona.

5 Y 6. CUBRE-POLVO PARA VIAJE.

Se hacen en tela cruda, azul gris ó alpaca, ligeramente drapeados por atrás y sujetos por un cinturón, pudiéndose llevar como túnica sobre una falda sencilla y lisa ó preservar del polvo un traje rico. En nuestros pliegos de patrones hallarán nuestras suscriptoras el de este elegante y cómodo abrigo.

7 Á 10. ADEREZO PARA LUTO.

Estos modelos se hacen lo mismo de azabache que de madera negra: estos están destinados á un luto muy riguroso, y los de acero á la terminación del luto.

11. TRAJE CON CUERPO-CORAZA Y TÚNICA DE NOVEDAD.

Es de reps, de seda negra, con cuerpo-coraza y túnica larga. Para obtener el gracioso drapeado que se ve en el costado derecho del delantal, se corta el paño de delante mucho más largo que los otros, al hilo del costado de los botones y ojales figurados; el borde se dobladilla, y el largo, dividido en intervalos regulares, forma los pliegues que muestra el grabado, y que pueden sujetarse con alfileres al probarlo. Un biés ancho y fleco de madroños guarnecen la túnica, y un volante la falda, guarnecida además la parte de atrás con un plegado.

12. TRAJE CON TÚNICA-ECHARPE.

La falda es de lana á rayas azules y gris, adornada por abajo con volante al biés de 25 cents. de altura por

delante, con cabecillas rizadas arriba y abajo. Por detrás mide de 50 á 53 cents. de altura. El grabado explica claramente el arreglo de la túnica enriquecida con bieses y flecos.

El drapeado echarpe que une los dos costados de la túnica, se hace con dos paños separados cortados al biés sobre 50 cents. de ancho.

13 Á 17. SOMBREROS DE NIÑAS, PARA EL CAMPO.

13. *Capota Directorio.*—Es muy original su forma, pero sumamente cómoda, porque no sólo preserva á la cabeza de los rayos del sol, sino también la cara y la espalda. Pueden llevarlo las niñas de 5 á 12 años, y se hace de batista blanca, gris ó cruda. Consta, como se ve, de una pasa de tela doble, sostenida por alambres; el fondo de jaretas, por las que se pasan las ballenas y el bavolet, guarneciéndolo todo con puntillas y lazos de la tela.

14 y 15. Tiene la forma de un sombrero redondo, cuyo borde se hace de una tira de muselina blanca al hilo, de 100 cents. de largo y 12 de ancho, cosida en círculo, doblada en dos partes y guarnecida con una puntilla. El fondo es un óvalo de batista de 25 cents. por 22, forrado de batista, que se monta á la pasa con pliegues de un centímetro de profundidad. Lazos de muselina orillados de puntilla le guarnecen.

16. *Sombrero marinero de paja de Italia.*—Una cinta azul claro de 7 cents. de ancho, que forma un ligero retorcido y se prolonga por atrás en caídas, juntas con un lazo de cinta y un ramo de flores del campo constituyen el adorno de este gracioso sombrero.

17. *Sombrero de gasa y muselina.*—Se hace lo mismo que los sombreritos 14 y 15, solo que la pasa es de muselina blanca forrada de gasa rosa, y el fondo es de gasa rosa, con adornos de ruches de muselina blanca y rosa y lazos de lo mismo.

18. PALETOT SIN MANGAS.

Es para llevarse sobre un vestido de seda color claro. Para hacerlo se corta un patron de papel y encima se van hilvanando y disponiendo los entredoses á lo largo, uniéndolos entre sí á punto por encima. Se quita el papel, se arma el paletot, y se le guarnece todo alrededor con una puntilla de color de marfil y lazos. Los entredoses miden 4 cents. de ancho, la puntilla 8 y la que forma cabecita 3. Una limosnera igual acompaña al paletot.

19. FICHÚ DE TUL.

Un cuadro de 76 cents. de costado, cuyos ángulos se redondean, constituye este elegante fichú de tul griego, color marfil ó crema.

Se dobla de manera que una de las puntas sobresalga 7 cents. de la otra y con tres pliegues en el escote, se reduce su altura á 25 cents.

Estos pliegues dan al fichú el ancho necesario, y quedan ocultos por un lazo de cinta crema. Un encaje de 7 centímetros sobre transparente de cinta le guarnece todo alrededor, completando su adorno un lazo de reps que le fija á un lado.

20 Á 25. TRAJES DE LUTO PARA SEÑORA Y NIÑOS.

20. *Toquilla, cuello y corbata para luto riguroso.*—Un medio pañuelo de gasa negro con un dobladillo alrededor constituye la toquilla de 17 cents. de largo, que se fija lisa al triángulo de tul de armar que forma la pasa, y se completa por detrás con un velo de 84 cents. de largo por 58 de ancho, dobladillo igualmente por el derecho, aumentándose la pegadura con una ruche de gasa y bieses. El cuello y la corbata, en forma de abanico, son de granadina. El cuello se reduce á una ruche de 3 centímetros, montada á un puño de tafetan vestido de gasa. La punta de la corbata es un triángulo de 35 cents. de largo por el costado al hilo, guarnecido con un dobladillo y un plegado. El lazo es también de granadina.

21. *Traje elegante para luto.*—Vestido princesa con paletot figurado. Es de cachemir ó faya negra, adornado con reps mate ó gasa. Sombrero con velo de gasa, pañuelo del bolsillo, de batista, con cenefa negra.

22. *Traje de medio luto para niña.*—Vestido de piqué blanco, adornado con dos plegados de batista y un biés bordado de 5 cents. Echarpe de faya negra. Sombrero redondo de batista, adornado con terciopelo negro, mitones negros de malla.

Traje de medio luto para jovencita.—La falda de batista blanca se adorna con un plegado de batista negra, de 25 cents. de altura, que fija un ancho biés también de batista negra. El cuerpo y la túnica son de batista con flores negras, guarnecidos con bieses y flecos negros.

Las mangas del cuerpo son negras. Sombrero de faya guarnecido con cintas negras.

JOAQUINA BALMASEDA.



LAS CAMPANAS.

MARAVILLOSA CREACION DEL CRISTIANISMO.

Si se llegara á prohibirnos las campanas, sería preciso buscar un niño que nos llamase á la casa del Señor.

(CHATEAUBRIAND: *Genio del Cristianismo.*)

La voz del hombre no es bastante pura, no tiene aquellos sonidos encantadores que, excitando al arrepentimiento, congregan al pie de los altares para dar gracias al Supremo Hacedor por sus grandezas; para confesar los culpables extravíos de la imaginación; para llorar con el corazón lleno de tribulaciones; para orar con el alma henchida de esperanza. Era necesario descubrir el medio de que á un tiempo, en todo el espacio adonde el eco alcanza, forzando los vientos y las nubes, vago y misterioso rumor, breve como la luz, rápido como el pensamiento, tierno como la consolación en los dolores, hiciera palpitár los corazones, diera cuerpo y vigor á los pensamientos de multitud de criaturas.

Los dulces sonos de armoniosa orquesta deleitan: el clarín entusiasmo al guerrero en los combates: trémula al eco del cañón parece latir la naturaleza entera: el trueno aterra, y el rayo espanta. Cada uno de estos accidentes del momento produce una sensación distinta, según es diferente el organismo de los hombres. Solamente la campana produce una sensación uniforme, desenvuelve un pensamiento igual en todos los que la oyen.

Cuando al despuntar la luz purísima del alba, el repique madrugador de la campana parroquial despierta á los habitantes de la aldea, el pensamiento general hace levantar las manos y el corazón al cielo, dando gracias por habernos sacado felizmente de las tinieblas de la noche á un nuevo día.

El toque de las campanas de la parroquia congrega á los fieles á presenciar el incruento sacrificio con que todos los días el ministro de Dios ofrece la víctima propiciatoria por la salud del género humano.

Al comenzar la noche, tres campanadas repetidas dicen á la familia cristiana que es la hora de reunirse á orar alrededor del anciano, que da principio á las preces con el dulcísimo *Angelus Domini*.

La campana es la amiga del hombre.

En la aldea despierta al sustentador de la patria, anunciándole la hora en que deben comenzar los trabajos del cultivo.

Cuando ya cansado siente la necesidad de reposo, la campana da el toque de medio día, que hace al labriego dirigir la vista hácia el camino por donde ve llegar á la vigilante y tierna esposa con el alimento apetecido.

¡Cuántas veces, en medio de las labores de su campo, se ve sorprendido por el triste tañido de la campana, que anuncia la muerte de un cariñoso amigo!

Aquel solitario pára su yunta, se descubre, hace la señal de la cruz, y llorando ruega al cielo por el descanso en la muerte del que fué su compañero en la vida.

La campana mezcla sus ecos misteriosos en todos los accidentes de nuestra existencia. Su voz es la voz de nuestros dolores y de nuestras alegrías. Dirige la niñez tranquila; detiene nuestra ardiente juventud; es consuelo de la vejez cuando vacila; con son doliente acompaña el cuerpo del hombre á la morada del eterno descanso.

Sus clamores parecen inspirarse en el sentimiento que despiertan. Á fiesta, son alegres y bulliciosos; á difuntos, son tristísimos como la muerte. El toque de agonía se parece á aquella tierna despedida que obliga al hombre á arrodillarse rogando por el descanso de su amigo; y al levantar los ojos al cielo, parece como si á cada vibración de la campana viéramos el coro de ángeles que desciende á encontrar el alma del justo.

La campana se identifica con todos los accidentes de nuestra vida; y según la intensidad del dolor que nos anuncia, así es diferente su elocuencia.

Cuando en la callada noche nos despierta el toque á fuego, el sonido de la campana parece decirnos: levántate presuroso, que tu amigo y los hijos de tu amigo, y la fortuna de tu amigo, son presa del voraz elemento.

Cuando en tormentosa noche de invierno el toque á perdidos, ese infinito consuelo sólo por la caridad cristiana inventado, y que ninguna otra religion ha conocido, nos despierta, el pensamiento nos lleva al lado del infeliz viajero que extraviado entre montañas de nieve se detiene al eco de la campana, tal vez al borde del horrendo precipicio donde se hallaba próximo á perecer.

Cuando aún no se habian perdido las puras costumbres de nuestros padres, en las ciudades era escuchado con silencioso respeto el toque de la campana de la queda, que anunciaba la hora de recogerse cada familia al hogar doméstico.

El toque de rebato pone en conmocion á los habitantes de la ciudad, como á los habitantes del campo, anunciando que el peligro comun obliga á reunir todas las fuerzas.

Hasta los más encarnizados enemigos de la sociedad y de la Iglesia han utilizado para sus planes siniestros la campana. ¿Quién no ha escuchado en tormentosa popular revuelta el violento y descompasado sonar de la campana, mezclado con los tristes lamentos de los heridos, las atronadoras imprecaciones de los asesinos y el estruendo de las armas?

El remordimiento aleja del malvado el sueño reparador, manteniéndole en desoladora vigilia. De pronto la vibracion misteriosa de la campana del reloj da tranquilamente la hora, tal vez llevando á su memoria los dolores de sus víctimas.

El pensamiento malo ofusca por un instante la imaginacion del malvado, que revolviéndose en el lodo, rinde al fin el ánimo extraviado, confesando que el estremecimiento que el metal infunde en su alma y despierta los recuerdos de su primera infancia, es el bálsamo sólo debido á una religion que ha hermanado la dulzura con la grandeza de los encantos que para consuelo de la humanidad encierra.

El jóven soldado se aleja de la casa paterna para defender la patria. El servicio le lleva forzosamente lejos, muy lejos de la aldea donde dejó todos los dulces afectos de su alma. Cada día en diferente punto, y cada vez más distante del suelo natal, escucha el sonido de la campana. Pero en medio de la grata emocion que le causa, echa de ménos la deliciosa melancolía de aquel piadoso murmullo que publicaba la santa alegría y las inefables venturas de sus padres.

Reconociendo la grandeza de la campana cristiana, los artistas la proclaman primera de las armonías conocidas, por su inmensidad y belleza.

Los filósofos confiesan la infinita grandeza de una religion que mejor que el mejor de todos los poemas ha sabido encerrar en el metal bendito de nuestros santuarios el recuerdo de la redencion por Jesucristo; el drama del Calvario; los tristes dolores de la Madre del hombre; la regeneracion por el Bautismo; las puras alegrías del nacimiento; la triste poesia de la muerte; en fin, todas las grandes emociones de la vida humana.

«La campana es la que simboliza lo comunidad de bienes espirituales, y su voz proclama en los aires la majestuosa union de fe, de esperanza y caridad, que sólo la Iglesia ha recibido mision de realizar entre los hombres.»

Llega un cristiano á sus últimos instantes; el metal piadoso anuncia la agonía del sér cuyo aliento se extingue, y multitud de corazones se elevan al cielo pidiendo una muerte dulce para aquel cuerpo; compasion y descanso para aquella alma.

El extranjero, el desterrado, que mueren lejos de su pátrio suelo; el pobre sin hogar y sin pan; el jóven como el anciano; el menesteroso como el opulento; hasta aquel á quien ninguna mano amiga cierra los ojos, todos pueden esperar seguros de que en aquel instante supremo no ha de faltarles una lágrima y una oracion de parte de los demás hombres á quienes una religion santa ha hecho hermanos en la vida y en la muerte, á quienes la campana cristiana llama á llorar y orar por el hermano que muere.

Después de la muerte, el triste sonido de la campana parroquial anuncia al pueblo cristiano que todo el terreno acabó para una criatura: los últimos sonidos de la noche son un recuerdo por el que dejó de ser; las primeras campanadas del alba anuncian la proximidad de la hora en que ha de ser depositado el cadáver en la postrer morada que el mundo le destina. Y á la hora marcada triste clamor reúne á los cristianos alrededor del cadáver, que es conducido en hombros acompañado por tiernos cánticos con que la Iglesia solemniza el sublime instante de devolver el polvo á la tierra.

Y el que muere lejos de su patria tiene la seguridad de que un día doblarán por él las campanas de su pueblo natal, y que los amigos acompañarán á sus padres en el triste dolor que ha de afligirles.

Una religion que tiene para el culto del sér inmutable

y eterno una lengua misteriosa que no varía con los siglos, y en la cual el hombre pide cuanto necesita para calmar el tumulto de las pasiones de su alma inquieta, necesitaba ese descubrimiento maravilloso que suscitando á la vez un mismo sentimiento en multitud de corazones, forzase á las nubes y á los vientos á encargarse de despertar la simpatía moral en los hombres para gemir y rogar.

«El mismo Dios es quien manda al ángel de las victorias que se volteen las campanas, publicando así nuestros triunfos; ó al ángel de la muerte que toque la partida del alma que acaba de remontarse hácia su trono.»

La importancia de la campana del templo cristiano no consiste sólo en el servicio religioso que presta. En las poblaciones de los campos está enlazada á todos los actos públicos de la vida de la aldea. Todavía en algunos de nuestros pueblos se conserva aquel respetuoso y melancólico tañido, llamado *toque á queda*, que es la señal del recogimiento y silencio de la noche. Hasta en la guerra han hecho las campanas importantísimo papel.

No hablemos de aquellas célebres campanas de Belilla que la tradicion hacía misteriosamente sonar solas anunciando los grandes acontecimientos deplorables para la patria.

En Italia, en las grandes guerras de la edad media, era objeto de importantísimos cuidados aquella campana que colocada en una torre portátil, y vigilada por un cuerpo de tropas escogidas, servía á la vez de estandarte y de voz de aviso.

Y los florentinos tenían la famosa Martinilla que daba la señal del combate.

La Iglesia ha dedicado especial atencion á la bendicion de las campanas, principiando por la oracion en que ruega al Espíritu Santo para que descienda y santifique el acto, y concluye el celebrante haciendo la señal de la cruz.

«Varios son los nombres con que la campana ha sido denominada. Nolana ó Clocea: *Æs-crátalum* ó cimbalo de metal entre los egipcios; Petasus, por causa de la figura de sombrero que tiene; Lebes, vaso de cobre: *Signum*, señal; Squilla, por la semejanza que tiene con la cebolla marina.»

No en todos los países son llamados los cristianos al templo por medio de campanas. En el Oriente lo son por grandes piezas de metal, que se tocan con barras de lo mismo, y cuyo nombre es Hagio sidere ó hierro sagrado.

No están conformes los escritores en cuanto al modo cómo los primitivos cristianos eran llamados al servicio divino. Unos creen que lo eran por medio de planchas de metal. Otros que por instrumentos de madera semejantes á las matracas. Otros que por medio de trompetas tocadas por un mensajero llamado Cúrsor.

Pero el uso de las campanas no se generalizó ántes del siglo VII.

La importancia de la campana cristiana está perfectamente condensada en estos versos latinos, tan elocuentes como sencillos:

*Laudo Deum verum,
Plebem voco,
Congrego Clerum,
Defunctos ploro,
Pestem fugo,
Festa decoro.*

LORENZO AGUIRRE.

LA TUMBA DEL POBRE.

(FRAGMENTO.)

Mausoleo magnífico, grandioso,
en el *sagrado campo* se ostentaba,
y en la marmórea losa
leer pudo la esposa
el nombre del magnate que encerraba.
Entonces más que nunca su pobreza
sintió, madre amorosa,
é inclinó tristemente la cabeza
al pensar que los fúnebres despojos
del hijo tierno sin cesar llorado,
muerta luz de sus ojos,
á quien ella anhelara
en sepulcro de nácar y de oro
colocar cuidadosa
como el avaro guarda su tesoro;
en rincón solitario é ignorado,
bajo la húmeda tierra, solo hallara
barato y pobre lecho
para que el hijo amado reposara.

Acaso entonces por la vez primera
¡ay! se oprimió su pecho
al pensar que de todas las desdichas
la de ser pobre gran desdicha era.
En esta idea el pensamiento fijo,
vertiendo amargo lloro
fué á visitar la tumba de su hijo;
mas calmóse su angustia y su tristeza
al ver que generosa
y madre siempre fiel, naturaleza,
de césped y de flores
hermosa alfombra colocado habia
sobre la tumba solitaria y fria.
Lámpara de alabastro, primorosa,
del magnate en el régio mausoleo
día y noche lucia;
mas ya no la envidió la triste esposa,
porque el sol con sus vívidos fulgores
era la luz hermosa
que la tumba del niño iluminaba
mientras duraba el día,
y de noche la luna cariñosa
sus rayos apacibles la enviaba.
El mausoleo augusto y su grandeza
eran del hombre hechura:
las galas que cubrian
del niño la ignorada sepultura
flores, sol, luna hermosa,
Eran dones del cielo:
prosternóse la esposa,
bendijo á Dios, y disfrutó consuelo.

JÓSEFA ESTÉVEZ DE G. DEL CANTO.

Salamanca.

MELANCOLÍA.

I.

Tras de tantas ilusiones
Vinieron los desengaños,
Y poblaron con sus sombra
Mi corazón solitario.

Aquellas horas serenas
De amor y dicha pasaron,
Dejando tedio en el pecho,
Dejando en mis ojos llanto;
Porque después de tu muerte
Ya no hay sonrisa en mis labios,
Y apenas late en el pecho
Mi corazón desgarrado.

Pasaron las ilusiones,
Vinieron los desengaños,
Y la luz de mi esperanza
Con sus sombras eclipsaron.

II.

¿Qué es la vida para el triste
Á quien falta la esperanza?
Una rosa sin perfume,
Rayo de luz que se apaga,
Un desierto sin oasis,
Un cisne que muere y canta!

Aquellas horas serenas
De amor, ¡cuán presto pasaban
Dejando tedio en el pecho,
Dejando en los ojos lágrimas!
¡Ay! que después de tu muerte
Ya no hay placer en el alma,
Ya no hay sonrisa en los labios,
No tiene cantos el arpa;
Que huyeron las ilusiones
Que tú amorosa inspirabas
Con tu plácida sonrisa,
Con tu lánguida mirada!

¿Qué es la vida para el triste
Á quien falta la esperanza?
Una rosa sin perfume,
Rayo de luz que se apaga...
¡Ay! que después de tu muerte,
En el incierto mañana,
Miro entre sombras mi tumba
Y tras de mi tumba... nada!

E. M. GONZALEZ DEL VALLE.

STEPHENSON.

I.

El día 5 de Mayo de 1825, más de veinte mil personas se encontraban agrupadas en las inmediaciones de la ciudad de Stockton, y de entre aquella masa de seres humanos un sordo ruido, un murmurar lento, aunque prolongado, se deja sentir, y de cuando en cuando algunas palabras se escapaban de la muchedumbre, algunas frases cortadas, que á aquel que presenciara la escena le revelarían desde luego la impaciencia que reinaba en la muchedumbre.

De pronto las campanas de todas las iglesias de la ciudad empezaron á agitar precipitadamente sus metálicas lenguas de bronce, y todas las voces exclamaron unánimes:

—¡Ya se vé!!!

Efectivamente, un denso humo se dejaba ver á lo lejos, y un ruido como el que produce una mole colosal, cuando rueda, se sentía detrás del humo.

Pasado un momento, el humo se acercó más á la muchedumbre, y el ruido dejó de oírse entre los armoniosos acordes de la música, las continuas explosiones de mil cohetes, y una salva de aplausos y una gritería de vítores á Stephenson.

¡Gran impulso recibieron desde aquel momento las ciencias!

¡Gran nombre adquiría desde aquella hora Stephenson!

Este entendido ingeniero mecánico había probado la verdad que encerraba su proyecto, con hacer andar los wagoes sin necesidad de la fuerza animal, y sólo por la aplicación del vapor: des-



3. Cartera para las agujas.
(Véase el núm. 4.)



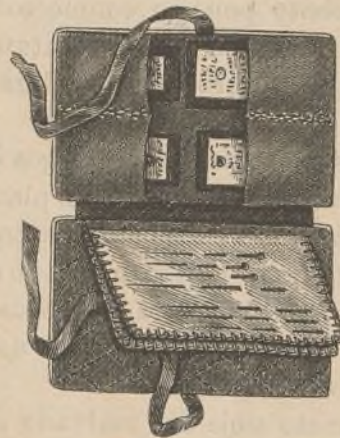
5. Abrigo de viaje para señorita jóven.

6. Ombre-poise para señora.

gran caldera de agua hirviendo y unas ruedas de movimiento complicadas á una y otra banda de la embarcación. El ilustrado tolentino fué el primero en conocer la necesidad del vapor para la locomoción, y al cual siguió Sanson Caus, en 1615, con otro ensayo malogrado.

Y más tarde, en 1763, James Watt, que había nacido en Gremock en 1736, había hecho el descubrimiento de aplicar el vapor á la maquinaria.

É indudablemente, á este sabio matemático se le debe que tantos aparatos después hayan podido recibir la impor-



4. Cartera para las agujas.
(Véase el núm. 3.)

precipitadamente por las superficies de las aguas.

III.

Pero de cualquier manera, lo de la invención de nuestro actual sistema de locomotivas se le debe á Stephenson, y su nombre irá unido por todos los siglos á las locomotoras que recorren el mundo, juntando mil pueblos, ligando las sociedades con los estrechos lazos del comercio, de la industria y de la ciencia, y haciendo del mundo entero una ciudad inmensa que no tiene distancia alguna: que sus mercados son unos, que sus puertos son iguales y que todos los hombres viajan; pues ya para el ojo del historiador, para el lápiz del arquitecto, para la pluma del arqueólogo, todo se presta á copiar, todo se vé, todo se recorre, se pulveriza, se perfora, se sondea



11. Traje con túnica de novedad.



7 á 10. Aderezo de azabache ó madera para luto.

de entonces conocemos el actual ferro-carriil.

II.

En aquel día memorable para la historia de la ciencia, se inauguró la primera vía férrea para el transporte de personas y mercancías desde Darlington á Stockton, en una extensión de sesenta leguas que habrá de un punto á otro, distancia que tardó en recorrer la máquina diez horas justas.

Grande sorpresa era para los habitantes de la ciudad tal resultado; y su autor Stephenson estaba satisfecho por haber llevado á cabo su obra.

Sin embargo, toda aquella gloria no le pertenecía al intrépido ingeniero.

Blasco de Garay, en 1543 ensayaba el 17 de Junio, en las aguas de Barcelona, el vapor aplicado á una nao de 200 toneladas, con una máquina compuesta de una



12. Traje con túnica echavpe.



EL CORREO DE LA MODA
Periódico ilustrado para las Señoras

Plaza de Isabel 2^a, II Madrid.

y se regis
ruinas
hasta los
mentos d
de la den
hasta el
boa; tod
de ver d
bre inge
son, hac
locomote
tancias
los pueb
¡Excel
supo lle
entendie
hacer u
cientific
el mund
sinentes
Pero u
bre de S
cuatro n
están in
dos á s
represent
mismo,
da hicie
carril s
de locom
Unan
nombre
A Bla
que pri
vapor
de agua
A Sa
siguió a
Ja
ventor
de vap
Y á
que lo
moción
Porq
tó la id
hicier
máquin
inspiró
de su t
Glor
genios
pieron
táculos
sentar
Caus
ensayo
en 154
¡Glo
bres gr
dand
obra
Blasco
garon
proble
hasta
el gra
cienci
N
D
v P

y se registra; desde las ruinas de Babilonia hasta los vetustos fragmentos de Itálica; desde la demolida Palmira hasta el moderno Lisboa; todo, todo se puede ver desde que el célebre ingeniero Stephenson, haciendo silbar la locomotora, une las distancias que separaban á los pueblos.

¡Excelente obra que supo llevar á cabo tan entendido hombre, para hacer una revolución científica y material en el mundo de ambos continentes!

Pero unamos al nombre de Stephenson otros cuatro nombres más que están íntimamente ligados á su invento, que representan el invento mismo, por más que nada hicieron en el ferrocarril sobre el sistema de locomotivas.

Unamos otros cuatro nombres respetables.

A Blasco de Garay, el que primero aplicó el vapor á la locomoción de agua.

A Salomon Caus, que siguió al anterior.

A James Watt, inventor de las máquinas de vapor.

Y á Roberto Fulton que lo aplica á la locomoción de las naves.

Porque Garay despertó la idea, Caus y Watt hicieron mejorar sus máquinas, y Fulton le inspiró la consumación de su última obra.

Gloria, pues, á estos genios grandes que supieron vencer los obstáculos que se le presentaron á Garay y á Caus en sus primeros ensayos sobre el vapor en 1543 y 1615.

¡Gloria á estos hombres grandes que, secundando tenazmente la obra que no consiguió Blasco de Garay, nos legaron resuelto uno de los problemas más grandes hasta hoy conocido en el gran mundo de las ciencias!

NICOLÁS
DÍAZ
Y PÉREZ.



13 Á 17. SOMBREROS DE VERANO PARA NIÑOS.

13. Capota Directorio.
14. Sombrero redondo de batista blanca. (Véase el núm. 45.)
15. Sombrero redondo de batista blanca.
16. Sombrero marinero de paja de Italia para niña.
17. Sombrero de campo para señorita joven.

EL PUENTE MAYOR DE VALLADOLID.

[LEYENDA TRADICIONAL]

por

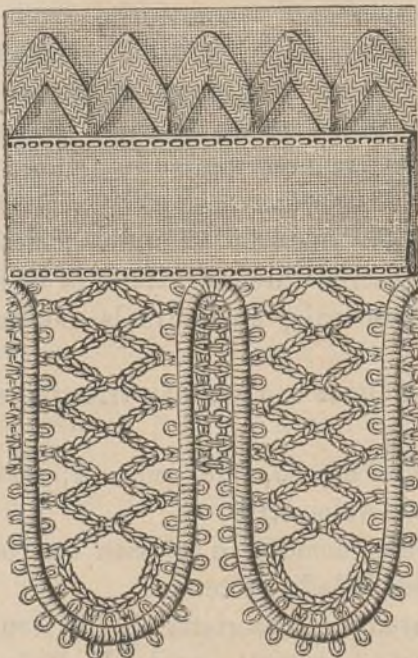
LA SEÑORA DOÑA EDUARDA FEIJÓO DE MENDOZA.

(Continuación.)

Por ciegos que estuviesen con su amor el peregrino y Zoraida, llegó al fin á sus oídos lo que se murmuraba.



18. Paletot sin mangas formado con entredosos y puntillas.



19. Adorno de crochet para ropa blanca.



20. Fichú de tul griego

El romero, que conocía mucho el mundo y las cortes, comprendió que era preciso atajarlas.

Desde la vuelta del Conde de la guerra, no se habían presentado los esposos en público, y oían la misa en el oratorio de su alcázar.

El peregrino los comprometió á que lo hiciesen, dando por pretexto la feliz conversión de Zoraida.

Esta se hallaba ya suficientemente instruida en la religión cristiana, y previo exámen que la hizo el abad de Santa María la Antigua, la había sido concedida la gracia del bautismo.

Los Condes quisieron que esta ceremonia se celebrase con gran solemnidad, porque ellos eran los padrinos.

Doña Eloisa se vistió con su más rico traje y preciosas joyas, y el Conde D. Pedro con la rica armadura que le había regalado el rey D. Alfonso VI en la conquista de Toledo.

La neófita lucía un magnífico traje de seda blanca, adornando ricas perlas su cuello y sus cabellos.

El peregrino, cubierto con su misterioso traje, sólo se echó la capucha un poco atrás, pero lo bastante para que se adivinasen sus facciones.

La augusta ceremonia se verificó en la iglesia de Santa María, y el abad fué el que hizo cristiana á Zoraida, que tomó los nombres de Eloisa María, que eran los de su madrina, la Condesa; pero decidida á adoptar sólo el de la Virgen.

Desde aquel momento lamora Zaida Fatima ó la sultana Zoraida, pues ya se sabía su rango en la corte, desapareció, y en su lugar se llamó la infanta Doña María de Ronda.

Los señores de Valladolid la hicieron grandes regalos, y el peregrino le dio un precioso rosario con gruesas cuen-

tas de oro y cruz de brillantes, bendecido por el Santo Padre y tocado al sepulcro del Santo Apóstol. Ni á Don Pedro ni á Doña Eloisa sorprendió este magnífico regalo, pues tenían al peregrino por un rico caballero.

El mismo día del bautismo de Zoraida, el peregrino propuso á los Condes un paseo hacia el puente.

Aun cuando se estaba en lo más crudo del invierno, hacía un tiempo hermoso, y el sol se mostraba radiante en el cielo, como si hubiese querido alegrar con su presencia la sagrada ceremonia.

Los Condes aceptaron la proposición del romero, y en compañía de la nueva cristiana, del abad y los canónigos, nobles de Valladolid y servidumbre, tomaron el camino del puente Mayor.

Complacidos quedaron D. Pedro y su esposa al llegar á él cuando vieron que la magnífica obra estaba ya casi concluida, realizando por su magnitud y grandiosidad todos sus deseos. Estos faustos acontecimientos hicieron olvidar, como había previsto el peregrino, al Conde sus celos y á Doña Eloisa sus sobresaltos y tristezas. Ambos se hablaban sonriendo, como en los felices tiempos, y áun la castellana se apoyó con dulce abandono en el brazo de su esposo para regresar al alcázar.

El pueblo, al ver á sus señores unidos como siempre, y como siempre bondadosos y amables, se olvidó de los chismes de la servidumbre, y los victoreó con verdadero y leal entusiasmo.

Doña Eloisa, al retirarse por la noche, se dirigió á su oratorio, para dar gracias á Dios por la feliz mudanza de su esposo.

¡Ah! poco había de durar esta tranquilidad, y borrascosos sucesos se preparaban.

CAPÍTULO VI.

IMPRUDENCIA DE OMER ALÍ.

Mientras oraba con fervor, la cortina de la sacristía se levantó y Omer apareció por ella.

Doña Eloisa se estremeció y tembló como la hoja en el árbol. Si su esposo llegaba á entrar en el oratorio ¿qué pensaría de ella? Vería sin duda alguna la confirmación de todas sus sospechas.

Corrió hacia Omer y le dijo aterrada.

—¡Imprudente! ¿Cómo os habeis atrevido á venir aquí, cuando D. Pedro Ansúrez está en Valladolid?

—Señora, mi amor frenético arrostra por todo, contestó el moro con pasión.

—¿Queréis perderos y perderme! Exclamó la pobre dama con verdadero terror; antes al venir á mi palacio sólo hacíais un insulto á una señora que era dueña de perdonaros y haceros partir; hoy al presentaros en mi oratorio, comprometeis á la esposa hasta el más alto grado, y jugáis con vuestra vida. Por favor, retiraos, añadió juntando las manos en ademán de súplica; no os amenazo con gritar ni hacer que os echen, porque me comprometería tanto como vos; pero marchaos, marchaos, ó no respondo de vuestra vida. Mi esposo está furioso contra Mahomed é indignado contra vos.

—¡Ojalá, señora, que D. Pedro Ansúrez me matase! dijo el príncipe dolorosamente, él me ha arrebatado un trono; su esposa mi corazón, mi alma y la tranquilidad de mi vida. ¿Qué me resta ya? Una existencia odiosa que quisiera perder lo más ántes posible.

—¡Príncipe, por compasión, retiraos! Estais labrando mi perdición y yo soy inocente, harto lo sabeis; siempre la fatalidad me ha obligado á oiros á la fuerza. La primera vez que os ví vuestro puñal amenazaba la vida de mi desgraciado y malogrado Alonso; la segunda me dijisteis que me traíais la salud de mis hijas, y por esto os escuché un corto rato, y ahora también me obligáis á oiros por no comprometer mi honra con un escándalo. Sois malo, abusáis de la situación y de las ventajas que os ha dado la casualidad.

—Pues bien, señora, si soy malvado, así lo quiere el destino y no yo; el destino que me hizo adoraros, gritó Omer desesperado, y que me hace sufrir los más horribles tormentos al veros en brazos de otro hombre.

—Ese hombre posee derechos que vos no teneis, contestó indignada Doña Eloisa. ¿Cómo os atreveis á compararos con Ansúrez, con mi noble Pedro, que desde que calza la espuela de caballero no ha cometido una acción indigna? Vos que obligáis á las damas á la fuerza á que os escuchen por salvar sus más caras afecciones; vos que ni áun habeis defendido contra un infame á la esposa de vuestro padre, y vos, en fin que os habeis hecho aliado y amigo de ese mismo despreciable esclavo por satisfacer vuestras bastardas pasiones; Apartaos, añadió con despreciativa arrogancia, me causais horror!

Omer, durante todo este discurso, le costaba trabajo contenerse y sus labios temblaban de cólera.

Después que Doña Eloisa concluyó, la dijo friamente y con acento sarcástico:

—Señora, habeis pronunciado un sermón, que ni uno de vuestros clérigos lo hubiese dicho mejor; pero perdeis lastimosamente el tiempo, y yo, aunque no tan sabio como vos, voy á procurar contestaros. No voy á discutir si vuestro esposo vale más ó menos que yo. Tal vez las ventajas estén de su parte, pero lo que sí sostendré es que yo os amo mejor que él.

—¡Callad, callad! gritó Doña Eloisa irritada; no quiero escuchar semejante profanación.

—Sí, porque temeis que yo diga la verdad, porque vos misma, orgullosa mujer, no estais segura del amor de ese hombre, que envanecido con su saber y sus triunfos en las armas, se cree un Dios, exclamó el moro con acento triunfante.

La Condesa se llevó la mano al corazón procurando contener sus latidos.

La herida que la hiciera Omer había dado en mitad de él.

Si el mismo Satanás le aconsejase, no podría haber dicho palabras que más daño la hicieran.

Recordó la tibieza de su esposo, que ella había atribuido á celos, y la duda y la desconfianza se ampararon de su alma.

Sin embargo, dijo friamente.

—Tengo la más completa seguridad en el amor de mi Pedro y desprecio esas indignas calumnias, lo mismo que al que las dice.

—Sin duda os ama por deber como vos á él, repuso Omer con irónica sonrisa.

Doña Eloisa hizo un gesto de supremo desden, y exclamó con trasporte:

—Yo adoro á mi Pedro, no por deber sino por amor, porque no he visto ni veo otro más digno, más noble y más generoso que él. Soy su esposa y este es mi mayor orgullo; pero si no lo fuese querría serlo, y no cambiaría este distinguido honor por el trono más poderoso del mundo.

Omer quedó aterrado, sombrío, no tenía nada que contestar á tan noble cariño y delirante entusiasmo. No quiso empero, darse por vencido, y reponiéndose, porque comprendió que aquella era su última campaña con la Condesa, y que si entonces nada conseguía no lo conseguiría nunca, dijo con burlona compasión.

—¡Lástima de amor tan mal correspondido! D. Pedro viene de la guerra contra los moros, y son las agatenas tan hermosas!

—¡Basta! exclamó Doña Eloisa con dignidad, y sabete miserable villano, que áun cuando él no me amase, yo le adoraría; Basta, retírate, infame calumniador, lo mando! Si no obedeces, tiembla.

Era tan decidido y resuelto el ademán de Doña Eloisa, que Omer temía que hiciese lo que decía, y ya que nada pudo conseguir, exaltando su vanidad y sus celos, trató de conquistar su compasión.

—Sí, llamad, llamad señora, gritó desesperado, llamad para que me asesinen delante de vos. ¡Oh! ¿qué muerte más dulce podía yo desear que morir en vuestra presencia?

Doña Eloisa se llevó las dos manos á la cabeza con verdadera angustia. No sabía qué hacer. Si dejaba á aquel hombre seguir en su conversación, estaba ofendiendo su dignidad de dama y de esposa, si llamaba lo exponía á morir.

—Sí, llamad señora, para que me asesinen, gritó él que había conocido el lado vulnerable de la compasiva dama.

—Mi esposo no asesina á nadie, contestó con dignidad; pero no llamaré por no exponeros á una prisión eterna; mas vos no abusareis ya más de mí. No llamaré, dijo la Condesa, pero marchad por donde habeis venido, jurándome que no volveréis á verme.

—Yo no haré jamás ese juramento que no podría cumplir, contestó Omer con energía.

En aquel instante se oyó un silbido prolongado.

El rostro de Omer se iluminó de placer y exclamó fuera de sí asiando las manos de Doña Eloisa.

—Ya sois mía, señora, he triunfado; ese silbido me avisa que mis soldados son dueños del alcázar! Y tapan-do con una mano la boca de la Condesa, la arrastró con la otra hacia la sacristía, donde estaba la salida secreta.

—Pedro, esposo mio, murmuró la Condesa con voz débil.

Levantaba ya Omer con ademán triunfante la cortina, diciendo:

—Sí, llama á tu esposo, que como tú, está ya en mi poder y no puede defenderte.

Mas de repente, como si le faltasen las fuerzas, dejó caer á la Condesa helado de terror.

Junto á la pared de la sacristía, de pie, con los brazos cruzados, sombrío é inmóvil, estaba D. Pedro Ansúrez.

—¿Vos aquí cuando os creía en poder de Mahomed?

exclamó por fin Omer, pasado el primer momento de estupor.

—Sí, yo, contestó el Conde grave y solemnemente; yo, que como un hombre vulgar, como un cobarde celoso, he expiado á mi esposa, y he tenido la inaudita calma de oír toda vuestra conversación sin presentarme.

Noble mujer, prosiguió dirigiéndose á la Condesa y estrechándola en sus brazos: perdóname que haya desconfiado de tu amor; el que yo te profeso es ilimitado y ciego, y el que está loco no razona. Esta noche he aprendido á conocerte y admirarte.

Estais en mi poder, añadió volviéndose hacia el príncipe moro, amenazador y terrible, y es imposible que salgais de aquí.

Si el malvado Mahomed labró en mi palacio ocultas escaleras y puertas secretas, otro tan sabio como él, pero más honrado, ha sabido utilizarlas. El peregrino adivinó vuestros nefandos planes, y el palacio está cercado.

El silbido que acabais de oír, me advertía de que vuestros secuaces han caído en poder de mis soldados.

—¡Pues bien, ya que estoy á vuestra merced, matadme! exclamó el príncipe moro con arrogancia.

—¿Qué haría uno de vuestros emires, y áun vos mismo, príncipe, repuso el Conde con fría calma, si encontrárais en las habitaciones de vuestra esposa un hombre que la amenazaba y hacía violencia? ¿Un hombre que intentase hacerse á traición dueño de vuestra hacienda y de vuestra honra, qué haría un moro?

Omer bajó la cabeza no queriendo contestar.

—¿Qué haríais vos? añadió Ansúrez con sombría cólera y apretando con sus manos de hierro el brazo de su adversario.

—¡Le mandaría matar! exclamó Omer ferozmente.

—Eso haría un moro, ¿verdad? pues un cristiano obrará de otra manera. Vais á salir ileso de este oratorio, añadió el Conde acreciendo en majestad y como si se alzase su arrogante estatura; tenía derecho para mandaros matar por usurpador y ladrón.

—¡Ladron! gritó Omer.

—¡Sí, ladron de mi tranquilidad y mi honra, exclamó Ansúrez, de mi tranquilidad y mi honra, que vale más que todos los bienes del mundo! Y sin embargo no usará de mi derecho y saldreis de aquí sin tocar á uno solo de vuestros cabellos.

Sí, saldreis de este oratorio por la misma puerta secreta por donde habeis entrado, á la salida os espera el peregrino, para llevaros á una de las cámaras del alcázar y ser en ella vuestro guardia de vista hasta mañana.

—¿Y mañana? preguntó Omer frunciendo el ceño.

—Mañana, contestó D. Pedro acentuando cada una de sus palabras, en vez de entregaros al verdugo en la plaza de mi leal ciudad, os haré el honor de medir mi espada con vos, y teniendo derecho para mandaros ahorcar como á un miserable, os mataré como á un caballero.

Doña Eloisa, que había asistido, combatida por mil distintos afectos, á aquella extraña escena, soltó un grito de terror. Comprendía toda la nobleza que encerraba la idea de aquel duelo, que acrecentaría la preza de su adorado esposo, pero temía por su vida, siendo los árabes muy diestros en el manejo de las armas.

—¡Oh, no! exclamó fuera de sí.

Don Pedro no la dió tiempo para continuar, oprimió el resorte de la salida secreta, y llamó al peregrino, que se presentó al instante.

—Llevadle! le dijo señalando á Omer.

Este cruzó los brazos sobre el pecho, y salió con aire arrogante de la estancia.

CAPÍTULO VII.

UN ESPOSO DE LA EDAD MEDIA.

Don Pedro Ansúrez cogió á su esposa en brazos, y casi desfallecida la trasportó á su cámara, y haciéndola sentar en un sillón, se sentó á sus pies en un taburete.

—Mi santa, mi digna esposa, exclamó con infinita ternura, no te asustes á la idea de ese duelo: el que tiene la dicha de ser amado por un ángel como tú, no puede morir á manos de un traidor y de un cobarde. Alienta: el que ha expuesto su vida en cien combates, no sucumbirá defendiendo una justa causa, vengando el ultraje inferido á una dama y á una esposa, modelo de esposas y de damas.

¡Ah, no llores, amor mio, cuando la felicidad me sonríe! ¡He sufrido tanto con mis locos celos! ¡Me perdonarás por haber dudado, no de tu honra, sino de tu amor! ¿Qué tiene de extraño? ¡Eres tan bella, y el príncipe moro tan galán, porque como yo, no ha sufrido las penalidades de la guerra!

La Condesa dejó caer la cabeza en el hombro de su esposo, llorando en silencio, pero no ya de dolor, sino de alegría: cogió sus manos y las cubrió de besos con delirante entusiasmo.

Don Pedro continuó con belicoso ardor:

—¡Cuántas veces en lo más ríco de la pelea y al sentirme desfallecer de cansancio, recobraba mis perdidas fuerzas al recuerdo que conquistaba laureles para tí, y laureles que tú colocabas sobre mi frente!

Doña Eloisa no pronunciaba una palabra, vencida por la emoción; pero sus hermosos ojos decían más que el discurso más amoroso. Hay momentos en que las palabras son demasiado frías, demasiado débiles para expresar lo que se siente. Doña Eloisa se encontraba en uno de esos instantes, que la recompensaba de todas sus amargas pasadas.

El Conde continuó en voz baja y como si se avergonzase que su misma esposa le oyese:

—Si te he tratado con desvío, si he cometido la bajeza de escuchar tu conversacion con Omer, es por lo mucho que te amo; es porque tengo celos hasta del aire que juega con tus cabellos.

—¡Oh, si lo comprendo! exclamó la Condesa, yo también, hace poco, cuando el príncipe moro te acusaba, sentí un fuego extraño circular por mis venas y abrasarme el corazón. ¡Ah, por qué si tanto nos amamos, si somos tan dichosos, quieres exponer tu vida en un combate al cual nada te obliga!

—Me obligan las leyes de la caballería y la hidalguía, exclamó D. Pedro con noble ardimiento. Nadie más que el esposo tiene el derecho de castigar al villano que osó ultrajar á su esposa. Ni una palabra más sobre esto, Eloisa. Tienes demasiada grandeza y elevacion de alma para comprender los sacrificios que imponen las leyes del honor.

Soy caballero y me llamo Pedro Ansures; no temas. Dios velará por mí, porque defendiendo la causa de la justicia y del deber.

Habia tal serenidad, tal tranquilidad en el acento del Conde, que los terrores de Doña Eloisa empezaron á calmarse.

—Pues bien, dijo con sublime fe, que te oiga Dios, y él que sabe de parte de quien está la razón, que dé la victoria á quien le corresponda.

—Así quiero verte, señora de Valladolid, valiente esposa de un guerrero, añadió Ansures disponiéndose á salir.

—¿Adónde vas? preguntó Doña Eloisa alarmada.

—A ver al peregrino; recógete sin el menor cuidado.

—¿Quiéres ir á batirte sin despedirte de mí? dijo la noble dama temblando.

—Te juro por mi honor que estoy de vuelta ántes de una hora, exclamó el Conde, acariciándola como á un niño enfermo, y abandonando la cámara.

CAPÍTULO VIII.

ÚLTIMOS ESFUERZOS.

En tanto que Omer tenía la conferencia con la Condesa, Doña María (ó Zoraida) recibía un pergamino de Mahomed, en que la citaba para el prado de la Magdalena á la siguiente mañana.

El moro la decía que si no asistía á la cita, las personas que amaba correrían grandes peligros, y aún la insinuaba que tenía que revelar un importante secreto que atañaba á la vida del Conde y á la tranquilidad de Doña Eloisa.

La primera intencion de Doña María fué no ir; pero se trataba de sus protectores y padrinos, y la pareció que era un egoísmo y una cobardía no intentarlo todo por salvarla.

Sin embargo, como conocía á Mahomed y sabía de lo que era capaz, pues su largo cautiverio en el subterráneo se lo había enseñado, hizo que la acompañasen veinticinco lanzas de los hombres de armas del Conde de los más valientes y aguerridos.

En litera y escoltada por ellos, llegó al prado de la Magdalena á las ocho de una lluviosa mañana de Enero; pues el tiempo que había estado tan bello el día anterior para la angusta ceremonia de su bautizo, no estaba igual para su entrevista con el moro, como si quisiese protestar de ella.

Mahomed, que había sabido sustraerse la noche ántes á la vigilancia del peregrino, por más que éste hubiese atajado todas las salidas, la esperaba oculto tras de un árbol, y se enfureció al ver que no venia sola.

No todos los agarenos, secuaces de Omer, habían caído en poder del Conde; Mahomed, durante aquella noche, con una actividad asombrosa, había avisado á sus cómplices que debían reunir un verdadero ejército, el cual sin duda franquearía ya las últimas colinas.

Pero á la sazón estaba solo, y no podía llevarse á Zoraida, como había pensado.

Recurrió al engaño, se acercó á la litera y dijo humildemente.

—¿Con que Zoraida ya no se llama Zoraida, sino Doña María?

—Soy cristiana, y como tal he cambiado el nombre,

contestó la jóven; pero si sólo me habeis llamado para decirme eso me retiro.

—Haced que se aparte algun tanto vuestra escolta y os revelaré mi secreto.

Zoraida lo ordenó así á sus soldados, y cuando pudieron hablar sin ser oídos, Mahomed dijo:

—La prision de Omer me constituye en jefe superior de su gente, yo dispongo del tesoro que ha reunido; si me apodero de Valladolid, soy árbitro de ceñirme la conda corona, ó por mejor decir, de colocarla en la frente de mi esposa.

Ayer no era más que un hombre de ciencia; hoy puedo ser un magnate poderoso. Zoraida, os amo: si consentís en ser mía, respetaré la vida del Conde y la Condesa; si no, los mataré sin piedad. El tiempo vuela, de este instante depende la salvacion de todos.

—Basta, exclamó Zoraida; cuando era mora no queria participar con vos del paraíso de Mahoma, y ahora que soy cristiana, renunciaria al cielo si supiera que vos ibais á él.

Mahomed hizo un gesto de amenaza, pero en aquel instante resonó un añafil, y se vió asomar á lo lejos una cabalgata.

El moro desapareció por entre las breñas, y doña María mandó á su escolta que se apartasen á un lado, ocultándose detrás de un sotillo.

Quien llegaba era el Conde, pues en aquel sitio debía verificarse el singular combate.

Montaba un hermoso caballo bayo, y llevaba á su derecha al peregrino.

Omer, armado con todas sus armas, montaba un caballo negro é iba en medio de dos hombres de armas del Conde.

Al llegar al medio del Prado, el Conde echó pié á tierra y Omer le imitó.

D. Pedro hizo una seña á los tres hombres y al peregrino, que se apartaran un corto espacio, y dijo á Omer:

—No quise que nuestro combate fuese en campo cerrado, por ser hasta lo último caballero.

En campo cerrado, si teniais la suerte de matarme, seriais despedazado por mis vasallos; aquí, si salís vencedor marchareis libre, pues el peregrino me ha dado su palabra de dejaros partir, y sé que no faltará á su palabra; en cuanto á los tres hombres de armas que nos acompañan, obedecerán sus órdenes. Defendeos, pues, y con vigor, pues á pesar de mi caballerescas lealtad, estoy dispuesto á mataros.

—O á morir, gritó Omer con frio sarcasmo.

Al decir esto, D. Pedro desenvainó su espada, y el moro se puso á la defensiva.

El Conde atacaba frio y sereno como el que tiene que cumplir una sagrada mision y castigar á un culpable; el moro se defendía con la ceguedad del odio y la venganza.

Le había humillado mucho para que no ansiase á su vez humillarle.

Era además el esposo adorado de la mujer que le había inspirado una pasión tan vehemente el obstáculo invencible que se alzaba ante la realizacion de su esperanza. Quería matarle á todo trance.

Lleno de rabiosa cólera, atacó de improviso, dando golpes sobre golpes, que la mitad iban al aire, pues Don Pedro era más fuerte que él y estaba más tranquilo.

En uno de sus inútiles golpes se le rompió la espada, y su generoso enemigo, en vez de aprovecharse de esta ventaja, arrojó la suya al suelo y sacó la daga.

Omer le imitó, y el combate siguió más reñido que nunca.

El peregrino, al ver la heroica accion del Conde, cuando ya tenía el enemigo á su merced, le gritó:

—¡Ah, D. Pedro! no hay en toda España un caballero más digno que vos, y debierais estar en los de la tabla redonda del rey Arturo. Estoy orgulloso de ser vuestro amigo, y sólo siento que empleeis vuestra generosidad con quien no es digno de ella ni puede comprenderla.

—¡Haces bien en encomiarle ahora que está vencido! gritó Omer lanzándose sobre su enemigo, pero tropezó con la daga del Conde, que le atravesó el pecho.

Omer cayó sin dar un grito.

—¡Muerto! exclamó el peregrino.

En aquel instante, y de repente, se vieron envueltos por un verdadero ejército de árabes, á cuya cabeza venia Mahomed. Eran más de cuatrocientos.

Mahomed se adelantó hácia el Conde, y dijo con arrogancia:

—¡Daos preso, D. Pedro Ansures, si no quereis morir!

—¡Yo preso por un miserable esclavo! exclamó el Conde echando mano á su espada.

El peregrino le imitó, no sin dirigir miradas ansiosas á la espesura.

Parecia aguardar algo.

Doña María, que había asistido con su escolta á la anterior escena, oculta detrás del montecillo, viendo el

peligro del conde, salió de la litera, montó sobre un caballo, y dijo á los suyos:

—¡Corramos á defenderle!

Seguíronla los hombres de armas, y la heroína se puso al lado del Conde.

—¡Corto auxilio es ese! gritó Mahomed enfurecido al ver su accion. Valientes agarenos, añadió dirigiéndose al su pequeño ejército. Vamos á vengar á nuestro señor, ya que no hemos podido salvarle!

Los árabes se lanzaron dando grandes voces sobre el Conde y sus defensores, y todo hacia temer una catástrofe. Mas el peregrino, aplicando una corneta á sus labios, la sonó tres veces.

Mahomed se estremeció, porque el peregrino era el único hombre á quien él temia.

En efecto, había adivinado sus planes, y se había apercibido para contrarestarlos.

A los dos segundos, aparecieron cien lanzas por el otro lado del prado, con la bandera de Valladolid y armados para el combate.

Mahomed y sus árabes se vieron cogidos en medio, y aunque trataron de defenderse, fué inútil.

Pronto la poderosa presencia del Conde, auxiliado del peregrino, que se batía como un valiente, puso en completa dispersion y derrota al ejército árabe. Los que no fueron muertos ó cayeron heridos, huyeron cobardemente, y el Conde quedó dueño del campo y vencedor.

El peregrino, no queriendo que se le escapase Mahomed, le persiguió hasta darle alcance, y lo trajo preso á la presencia del Conde.

—Señor de Valladolid, le dijo con grave y solemne ademán, ¿me dais vuestro permiso para que mande hacer justicia con este miserable, que no es digno de morir por las manos de un caballero?

Don Pedro le hizo con la cabeza una seña afirmativa, y apartó la vista con repugnancia.

Zoraida se estremeció de horror y se cubrió el rostro con las manos, no queriendo ver lo que iba á pasar.

El peregrino, aterrador y sombrío, llamó á un hombre que con una cuerda en la mano salió de entre las lanzas.

—¡Perdon! gritó Mahomed cayendo de rodillas á los piés del peregrino.

—¡No hay perdon para tí, malvado y traidor esclavo! contestó friamente el romero; no hay perdon para tí, asesino y envenenador. ¡Muere, asesino de D. Fadrique! ¡Muere, envenenador de D. Alfonso, muere!

Y con solemne ademán lo separó de sí, entregándolo al verdugo.

Á los pocos momentos el cadáver de Mahomed pendia de un árbol ahorcado.

Á doña María la metieron casi desmayada en su litera.

El Peregrino y el Conde regresaron silenciosos al alcázar.

Los cuerpos de Omer, sus árabes y Mahomed, quedaron para pasto de las carnívoras aves de rapiña.

(Se continuará.)

No se ha recibido ninguna solución á la Charada que apareció en el núm. 27 de EL CORREO, correspondiente al 18 de Julio.

ARENQUE.

Soluciones al Logogrifo que apareció en el mismo número, por las señoritas Doña Sebastiana La Calle, Doña Pascuala Jimenez, Doña Felipa Marcalin, Doña Gregoria Suarez, Doña Clotilde Vinienga y Doña Carmen Menendez.

TILA.

CHARADA.

La prima y quinta
Es instrumento
Músico, antiguo,
De bello aspecto.

Prima, dos, terciá,
Mueble harto viejo,
Que aún está en uso
En muchos pueblos.

Terciá, dos, quinta,
Lo es desde luego
Quien con astucia
Toma lo ajeno.

Tercera y quinta
Bien puede serlo
Una hermosura
U objeto feo.

Cuarta y segunda
Es cierto juego,
Con lo que acaba
Todo este enredo.

En fin, el todo,
Por lo que vemos,
De una palabra
Está compuesto.

Que representa
Al mismo tiempo
Universales
Conocimientos.

Madrid 25 de Junio de 1876. JERÓNIMO CORDER.

CONSEJOS DE HIGIENE.

Los baños al aire libre y el ejercicio de la natación, son remedios eficacísimos, el primero para las enfermedades nerviosas y el segundo para fortalecer y dar flexibilidad á los músculos del cuerpo; pero hay que cuidar mucho de que los ardores del sol no nos produzcan una insolación, y de que la excesiva fatiga no determine alguna enfermedad del pecho, difícil luego de curar.

Las erisipelas, las calenturas biliosas, las irritaciones violentas del estómago y los intestinos, juntamente con los trastornos mentales, apoplejías, convulsiones en los niños, irritaciones del hígado é intermitentes en los sitios pantanosos, son las enfermedades dominantes en la estación canicular, y todas las precauciones serán pocas para precaverlas y combatirlas.

Generalmente se acude al termómetro para calcular el grado de calor que debe tener el agua en los baños higiénicos; pero el mejor termómetro es el cuerpo del mismo individuo que debe tomarlo, pues hay naturalezas que resisten más ó menos el calor y el frío, y que cualquiera de los dos excesos les perjudica gravemente.

Los baños frescos son peligrosos para todas las personas que experimenten al tiempo de usarlos sudores abundantes, produciendo humor sebáceo; que padezcan empeines y otras erupciones, gota y almorranas.

También es dañoso el baño frío para los que padecen afecciones del corazón y reuma.

Los baños templados convienen á toda clase de personas; pero más particularmente á las naturalezas irritables, de fibra seca, á los viejos, á los niños y á las mujeres, aunque estén embarazadas ó criando.



21 Á 25. TRAJES DE LUTO.

21. Toquilla y cuello-corbata para traje de riguroso luto.



22. Traje de luto elegante.

23. Traje de luto riguroso.



24. Traje de medio luto para niña de 4 á 8 años.

25. Traje de medio luto para señorita joven.

Concluirémos repitiendo un antiguo, pero prudentísimo adagio:

*No cometas en Julio un solo exceso,
Ni en ningún tiempo entables un proceso.*

Explicacion del Figurin 1228.

FIG. 1.^a—*Traje para niña*.—Vestido de dos telas á cuadros grises el fondo, y á rayas más claro el adorno: esto es, volante grande plegado alrededor de la falda, y bias ribeteado de gris alrededor de la túnica y el paletot, cuyas solapas son también á rayas. Sombrero Chinesco, adornado con cintas rosa.

FIG. 2.^a—*Traje para señorita*.—No necesita explicacion este lindísimo vestido de muselina blanca, combinado con cuerpo-mantelo de faya rosa, transparentes y lazos de cintas rosa. No puede idearse nada más fresco, más gracioso y más rico al mismo tiempo. Le completa diadema de flores blancas en el peinado.

FIG. 3.^a—*Traje de visitas para señora*.—Vestido de faya azul y crema, adornada la falda con cinco órdenes de biases, que forman rayas perpendiculares. Túnica anudada por delante, y coraza larga sin mangas y con esclavina, todo de malla trabajada con cordoncillo crema, y guarnecida con rico fleco de madroños. Sombrero Pagoda adornado con cintas azules y follaje verde, y fleco igual al del vestido en la parte interior del ala, que descende sobre el cabello.

En la calle de Tetuan, núm. 20, cuarto 4.^o, acaba de inaugurarse la galería fotográfica del Sr. Teresa, que hemos tenido el gusto de visitar, admirando los trabajos verdaderamente artísticos en ella ejecutados, en competencia ya con los de las mejores galerías fotográficas de Madrid. Con el mayor gusto recomendamos á nuestros lectores este nuevo establecimiento, tanto por la novedad y perfección de los trabajos que en él se hacen, cuanto por la economía que encontrarán en los encargos que hagan al mismo.

Las Sras. Suscriptoras á la 1.^a, 2.^a y 4.^a Edición, recibirán con este número el FIGURIN ILUMINADO, y las de la 1.^a, 3.^a y 4.^a el pliego de dibujos para bordados.

Administración, Plaza de Isabel II, núm. 2.

Tip. de Gregorio Escarot, Doctor Fourquet (antes Yebra), 7.

Editor-proprietario: Carlos Grassi.

Replicación de nuevos patrones de trajes de baño, fichas y salidas de Cas...

him. IV.—*Chaleco de*
manera de chaqueta.
 11.—*Chaleco de* *cuero*
con botones.
 12.—*Delantero*. Una par-
 te doblada
 Fig. 13.—*Borluda*
 14.—*Chaleco de* *piel*.
 Una parte doblada. En forma de chal.
 15.—*Chaleco de* *piel*.
 En forma de chaqueta. En el
 cuello, una parte doblada. En el
 pecho, una tira cruzada. En la
 espalda, las tiras cruzadas, pesadas se monta
 16.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 17.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 18.—*Delantero con la línea para el*
cuello cuadrado.
 19.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 20.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 21.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 22.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 23.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 24.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 25.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 26.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 27.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 28.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 29.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 30.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 31.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 32.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 33.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 34.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 35.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 36.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 37.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 38.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 39.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 40.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 41.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 42.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 43.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 44.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 45.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 46.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 47.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 48.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 49.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 50.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 51.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 52.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 53.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 54.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 55.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 56.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 57.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 58.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 59.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 60.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 61.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 62.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 63.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 64.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 65.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 66.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 67.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 68.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 69.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 70.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 71.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 72.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 73.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 74.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 75.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 76.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 77.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 78.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 79.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 80.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 81.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 82.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 83.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 84.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 85.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 86.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 87.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 88.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 89.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 90.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 91.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 92.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 93.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 94.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 95.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 96.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 97.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 98.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 99.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 100.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 101.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 102.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 103.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 104.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 105.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 106.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 107.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 108.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 109.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 110.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 111.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 112.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 113.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 114.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 115.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 116.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 117.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 118.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 119.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 120.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 121.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 122.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 123.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 124.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 125.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 126.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 127.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 128.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 129.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 130.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 131.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 132.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 133.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 134.—*En* *forma de* *chaqueta*.
 135

Núm. 17. — *Salvia de Caserio*, de coetímbar; hermosa una parte doblada, y la otra alargada como las demás.

Núm. 18. — *Salvia de Caserio*.

Núm. 19. — *Quello*, capacho. Una parte doblada y la otra se prolonga en un acorralado. La parte doblada mide 120 centos, de ancho. Se cortan dos pedacos solo del Nro. 9, alargando poco el uno y el otro, para darlos a cada uno que tenga 780 centos, de largo. El inferior mide 120 centos, de ancho, y el superior 100. Los dos pedacos se cortan a la misma medida, y se unen en la parte superior, para darlos sobre el Nro. 20. Para hacer el cuello capacho, se unen los pedacos iguales, desdoblados y se hacen con una sola de color.

Núm. 17. — *Finisco* hebreo, para completar un tren de 20.

Núm. 20. — *Delante* con pinzas de pecho y 6 cintos de los coetímbar. Una parte doblada.

Núm. 21. — *Repasita*. Una parte doblada.

Núm. 22. — *Tato* de siras. Una parte doblada.

Se cortan dos pedacos sobre la sal y los Nros. 23 y 24. Después de haber lavado los dos pedacos doblados, se cortan a la misma medida, se cortan un solo pedaco con la tela blanca. Se juntan los pedacos, se unen y se hacen una corbata ovinulando el croquis Nro. 25.

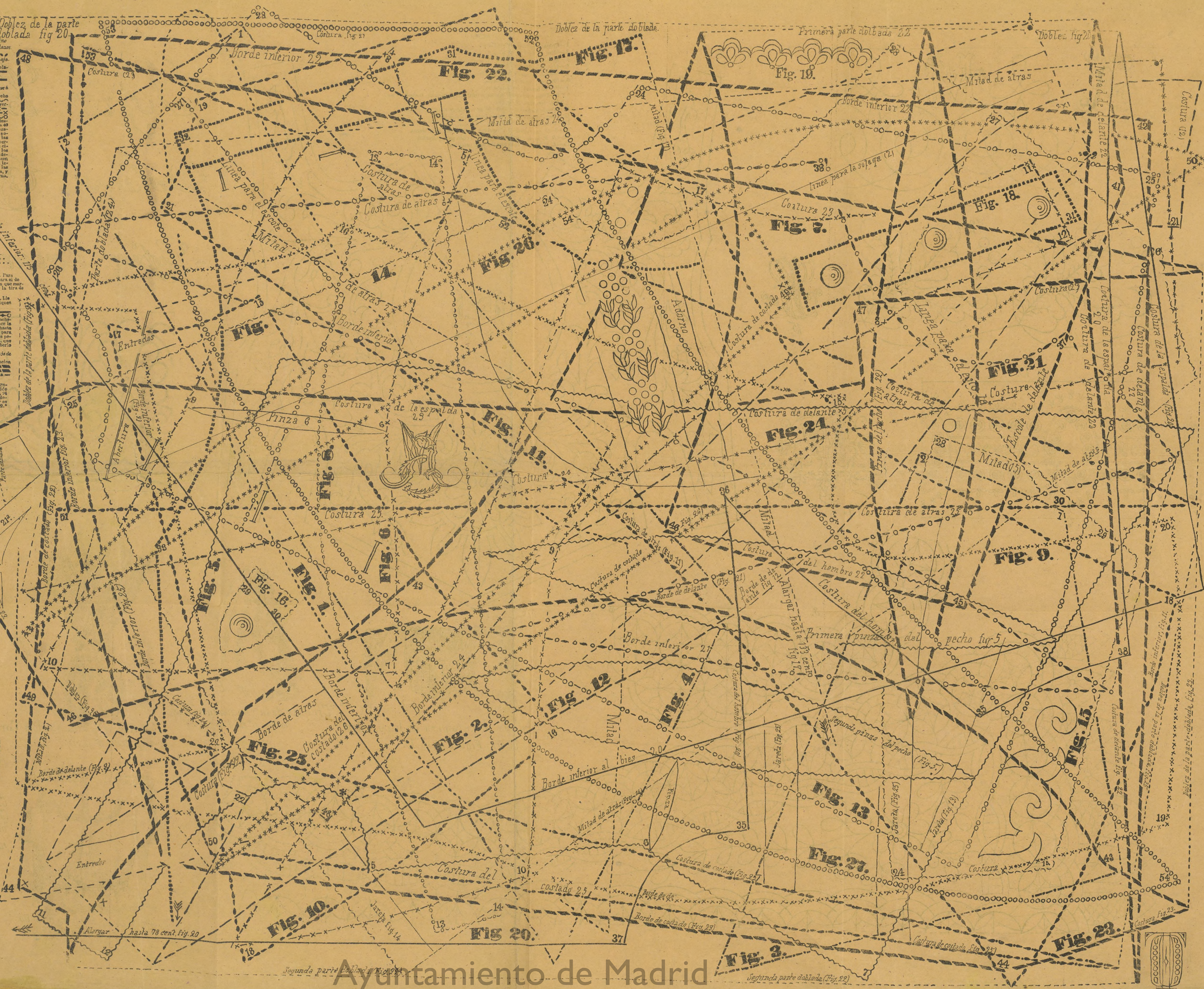
Núm. IX.—*Enagua-mirinaque*. Véase por el orquíus Fig. 16.
Fig. 25.—Paño de atrás, con indicación de las jaquetas. Una parte doblada
Fig. 26.—Paño de costado *****
Fig. 27.—Falso ○○○○○○○○○○

Se hace de muselina y nanouzet muy gruesos, para que tomen bien el almidón. Se cortan dos pedazos para los paños de atrás, asegurándolos a los lados, y se hace un pedazo para el frente, sobre la costura al bias, una tira plegada en el centro, y se hace una media pulgada de falda que queda en el centro.

Está destinado el mirinaje para el revés 128 centis, de largo.

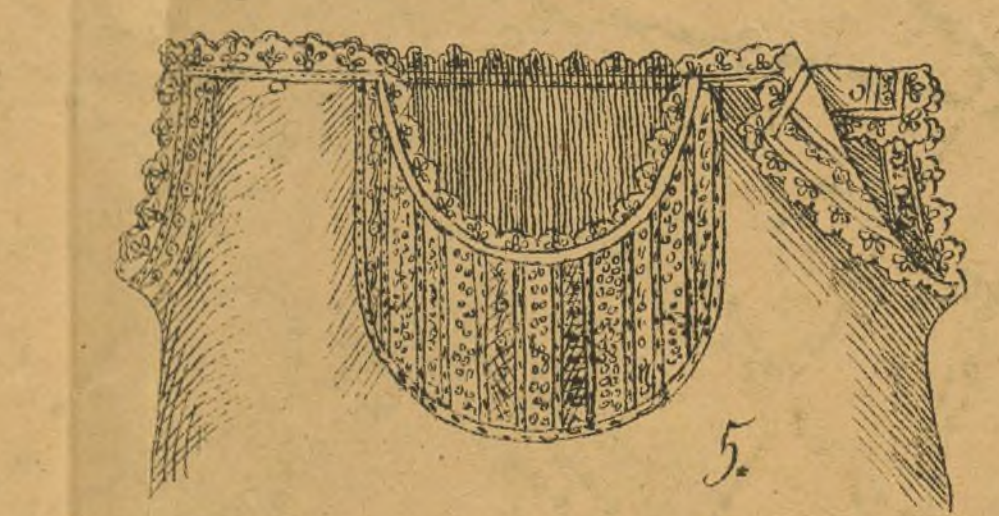
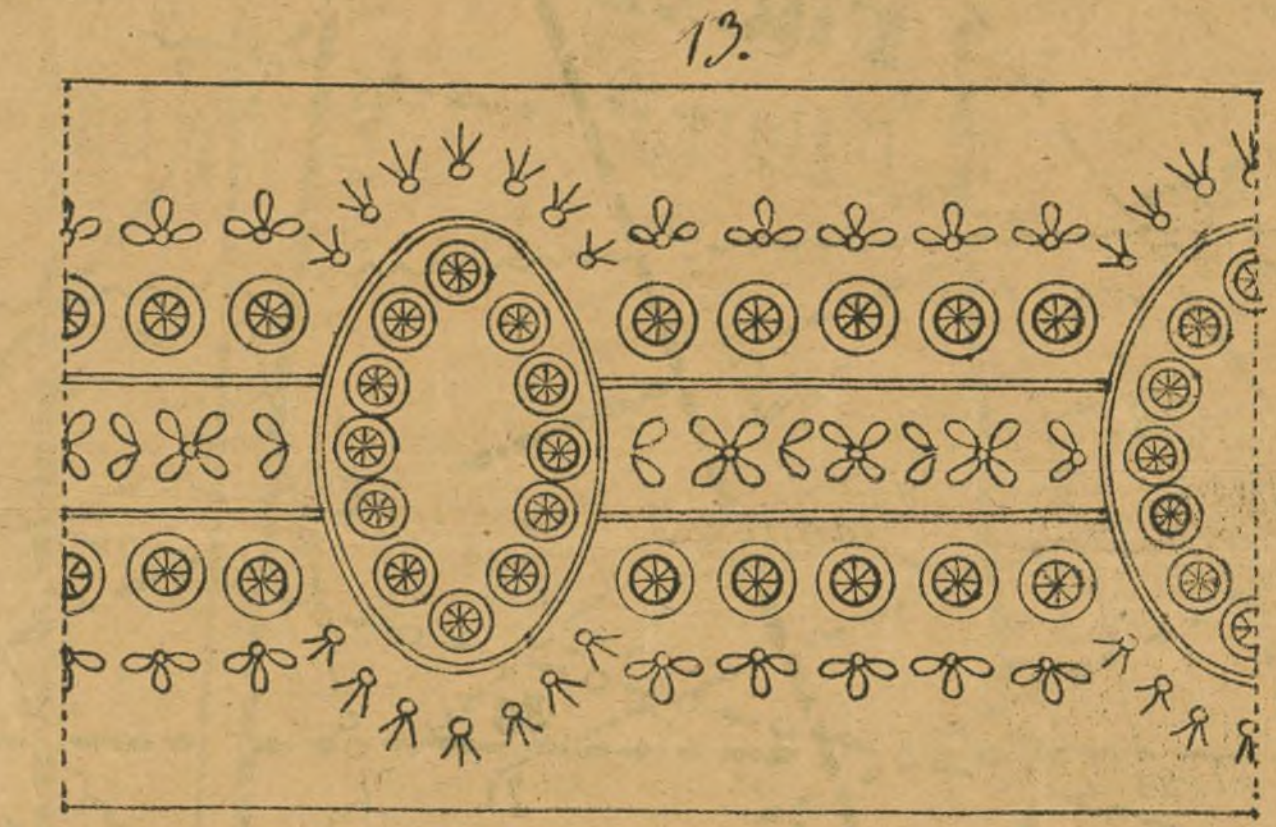
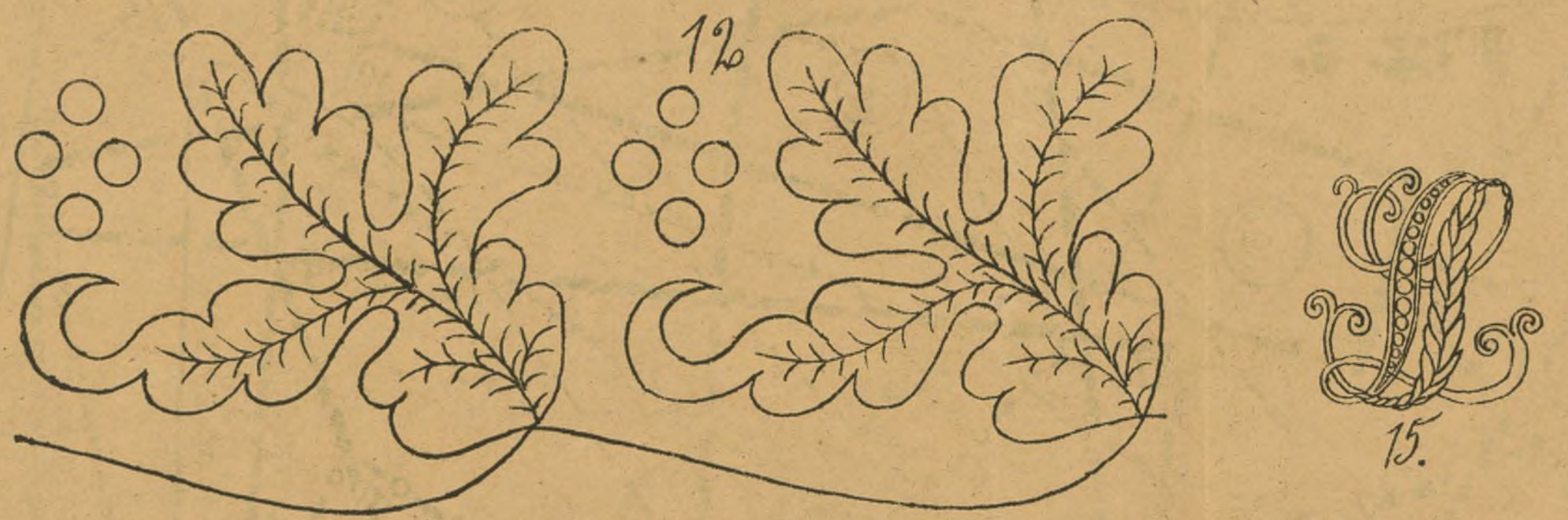
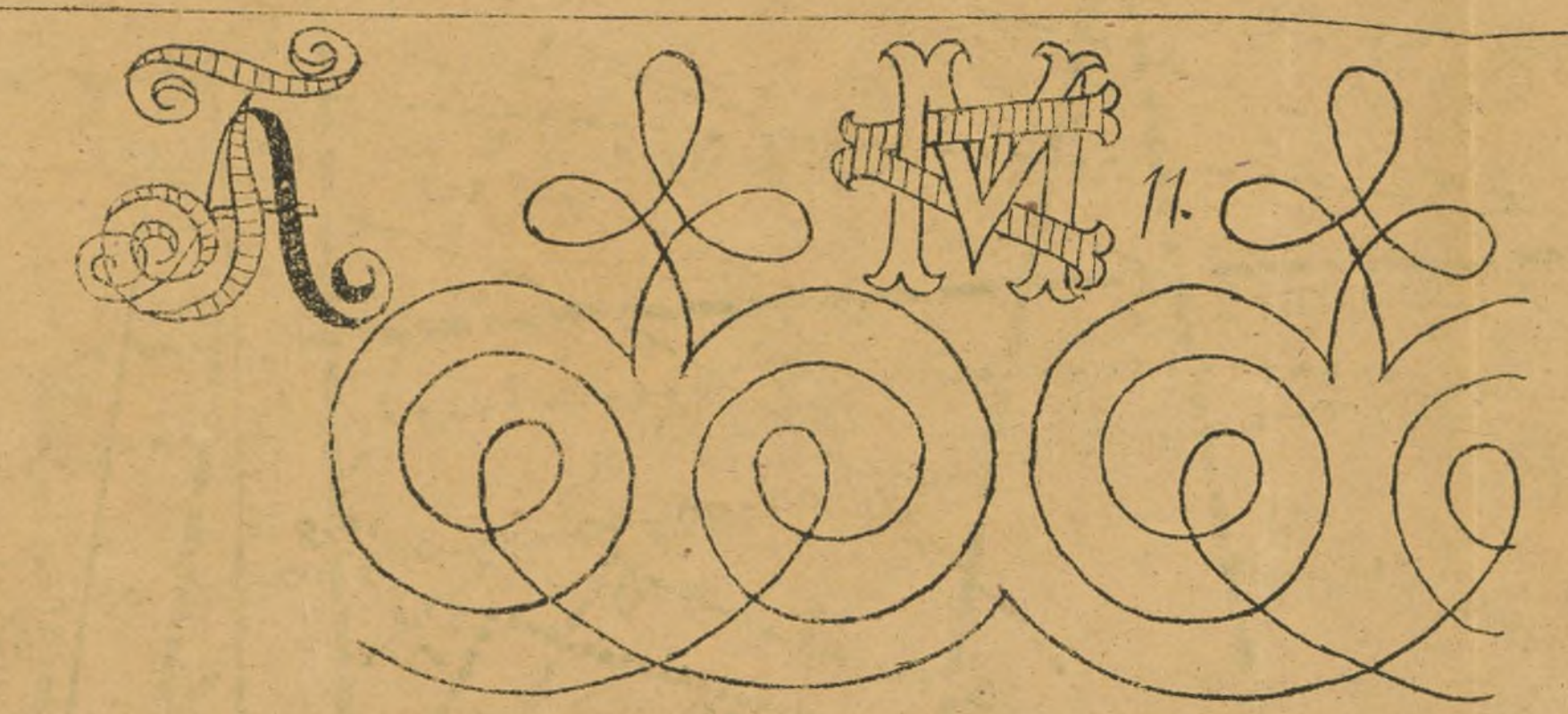
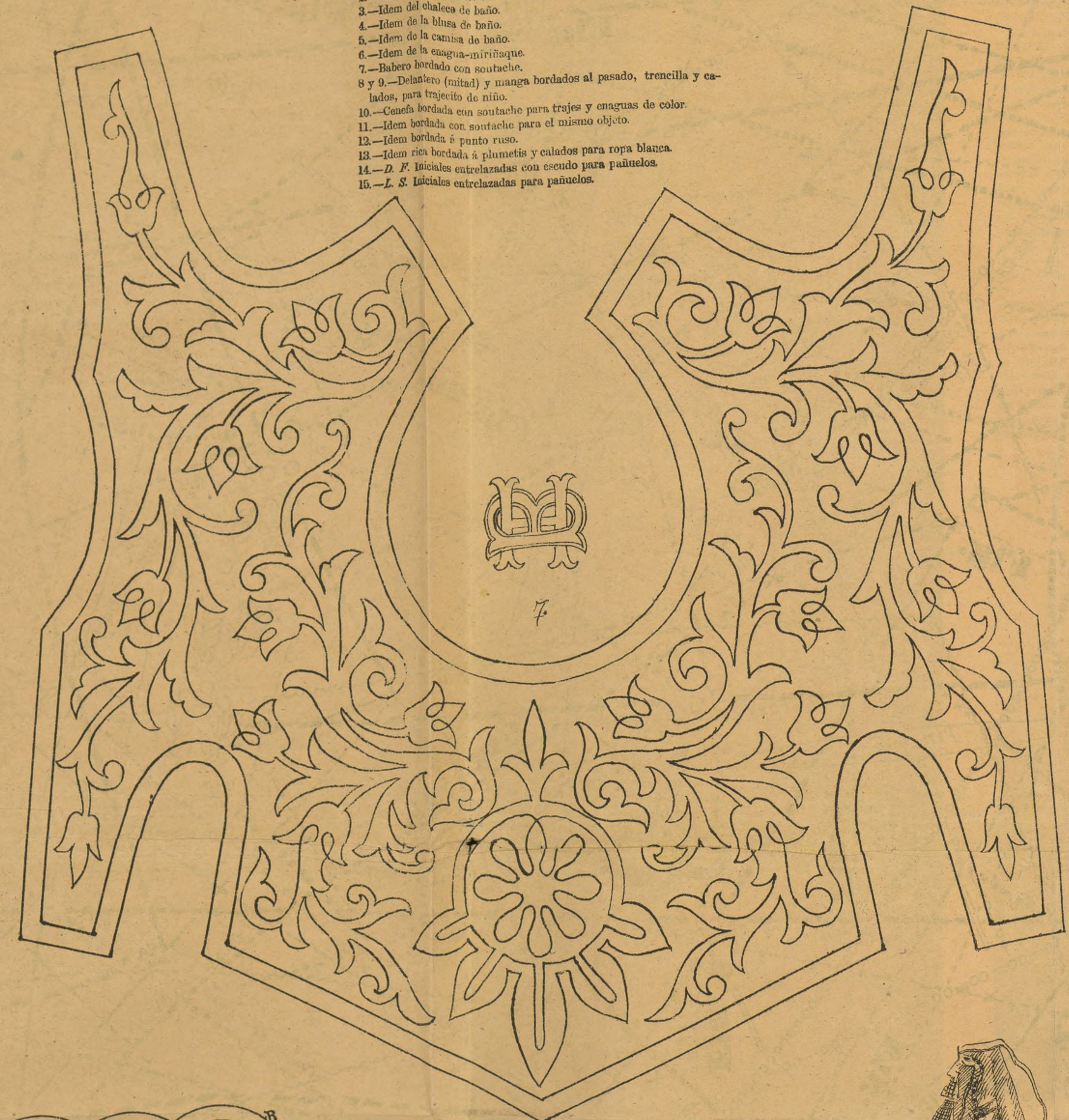
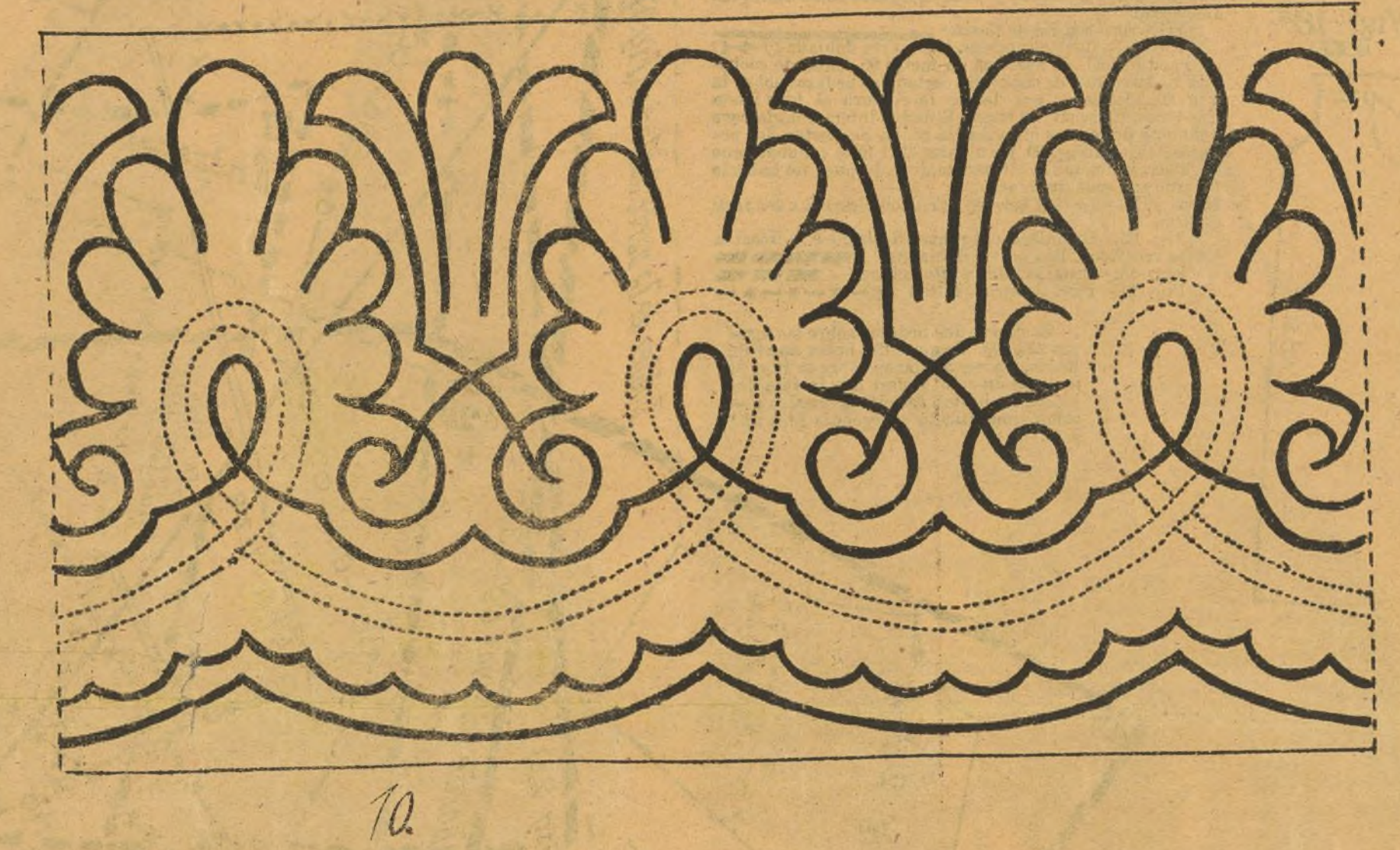
Se cortan dos pedazos para los paños de costado, uno de m. 40 centis, y dos unidades se hacen un dobladillo abajo, se montan á una cintura recta con need nada más que los dos pedacos de atrás, con volantes de nanouzet grueso y se cortan según se quiera.

Ayuntamiento de Madrid



- REVES
- 1.—Croquis del Fichú Carlota Corday.
 - 2.—Idem del Fichú Medicis.
 - 3.—Idem del chaleco de baño.
 - 4.—Idem de la blusa de baño.
 - 5.—Idem de la camisa de baño.
 - 6.—Idem de la enagua mirinaque.
 - 7.—Babero bordado con soutache.
 - 8 y 9.—Delantero (mitad) y manga bordados al pasado, trenzila y calados, para traje de niño.
 - 10.—Cenefa bordada con soutache para trajes y enaguas de color.
 - 11.—Idem bordada con soutache para el mismo objeto.
 - 12.—Idem bordada a punto ruso.
 - 13.—Idem rica bordada a plumetis y calados para ropa blanca.
 - 14.—D. P. Iniciales entrelazadas con escudo para pañuelos.
 - 15.—L. S. Iniciales entrelazadas para pañuelos.

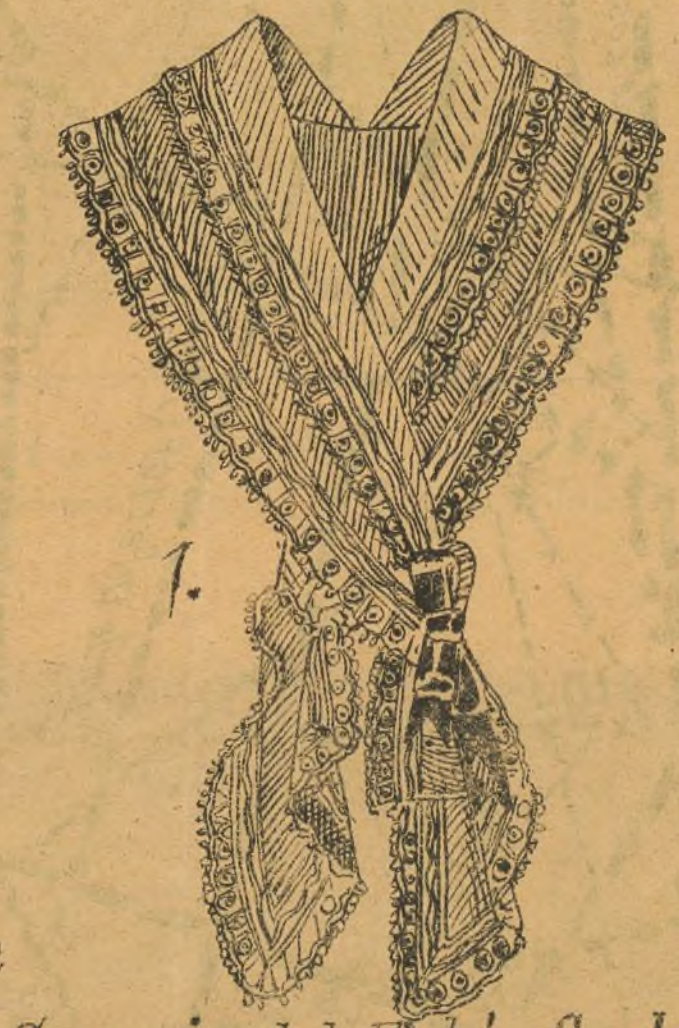
Sofia Luisa
Doctores Doctores
Sofia Luisa



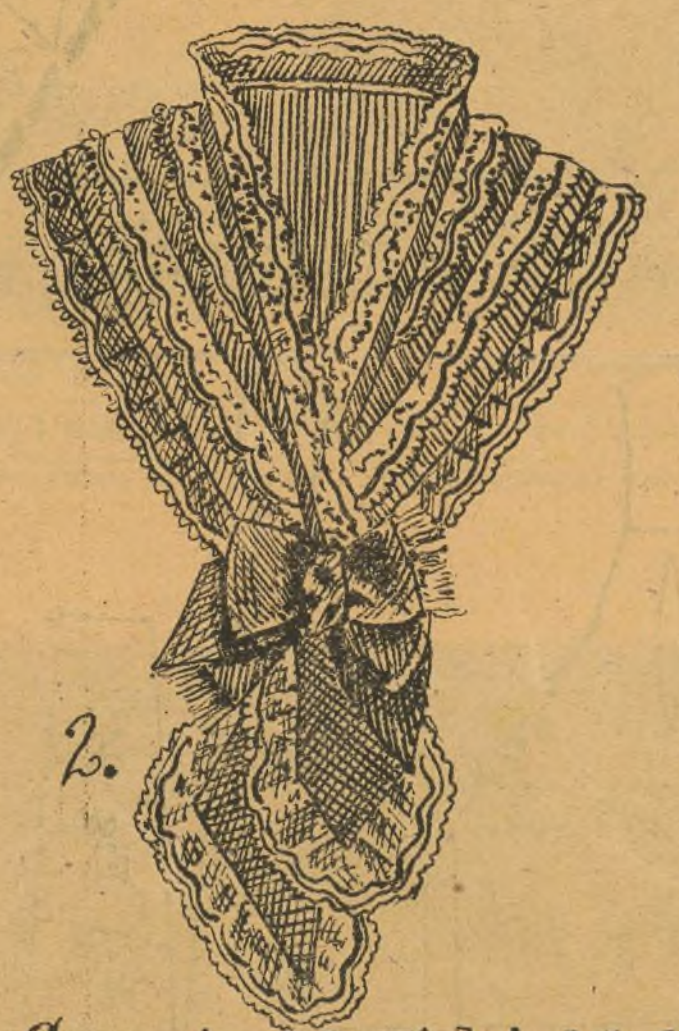
Croquis de la camisa de baño. patron n.º vi Figura 17 à 19.



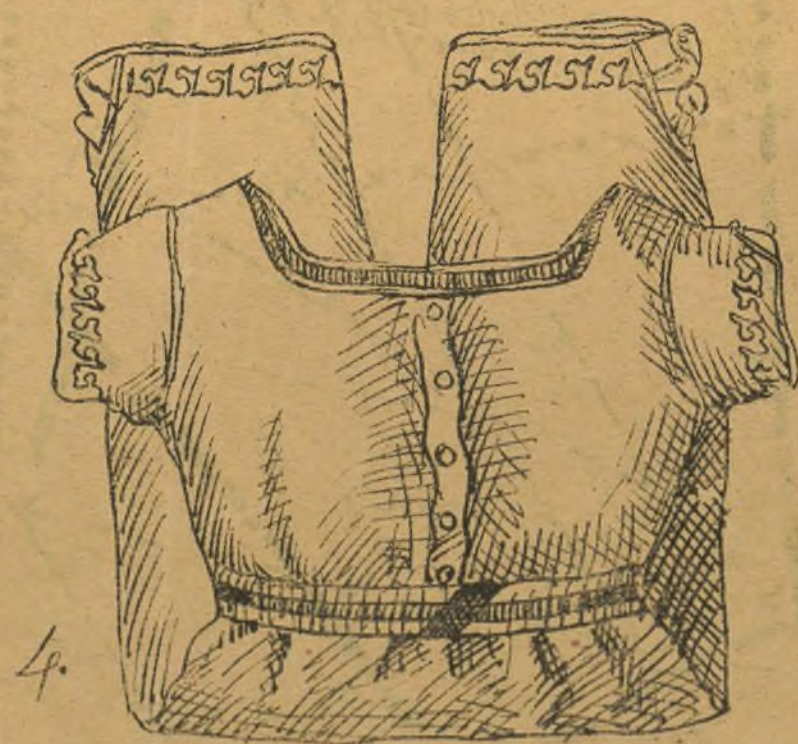
Croquis de la enagua mirinaque patron n.º ix Fig 25 à 27



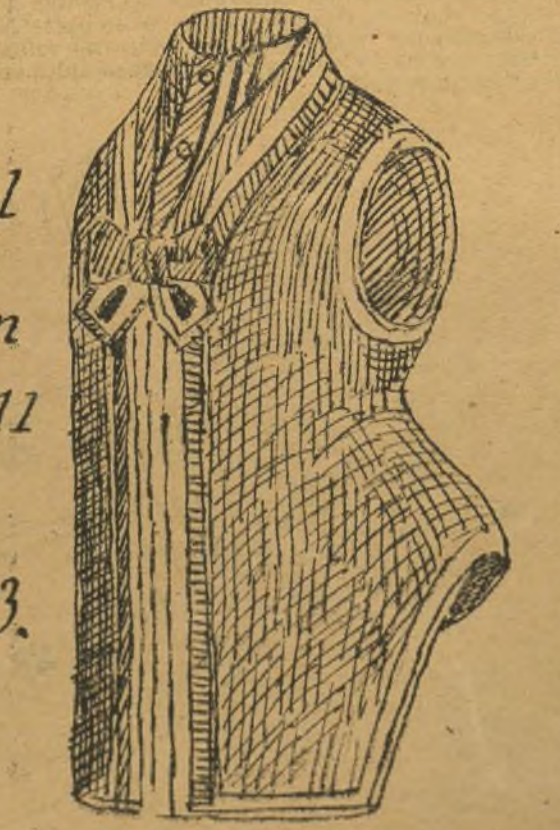
Croquis del Fichú Carlota Corday patron n.º ii Fig 2 à 4



Croquis del Fichú Medicis. patron n.º i Fig 1.



Croquis de la blusa de baño patron n.º v Fig 13 à 16



Croquis del Chaleco de baño. patron n.º iv Fig 2a 11